



ACTO III

El campamento del Rey en Chalons-sur-Marne

ESCENA PRIMERA

DUNOIS.—LA HIRE

DUNOIS.—Fuimos siempre amigos de corazón, La Hire, compañeros de armas, y defensores de una misma causa, sin que entibiase nunca nuestra amistad ni el peligro ni la muerte. No sea, pues, que una mujer rompa estos lazos, contra los cuales nada pudieron las vicisitudes de la vida.

LA HIRE.—Oídme, príncipe.

DUNOIS.—Sé que amáis á la virgen predestinada y cuales son vuestros designios con respecto á ella. Pensáis ver al Rey para pedirle la mano de la muchacha en recompensa. El Rey no podrá negar semejante premio á vuestro valor, pero sabed, que antes de verla en brazos de otro...

LA HIRE.—Oídme, príncipe.

DUNOIS.—No me impele hacia ella pasajero encanto, no. Ninguna mujer subyugó mi indómito corazón hasta el día en que ví á la divina niña, destinada por el cielo á salvar el reino, y á ser mi esposa. De entonces juré hacerla mía. Que sólo la mujer fuerte puede ser la compañera del fuerte. Mi corazón apasionado ansia reposar en el seno de otro de mi temple, capaz de comprender y soportar su fortaleza.

LA HIRE.—¿Pensáis que sería osado á igualar mis pobres méritos con vuestra gloria, príncipe? Basta que el conde Dunois salga á la palestra para que desista todo rival. Pero no sé si la humilde pastora se considerará digna de aspirar al alto título de esposa vuestra. No, vuestro linaje real, príncipe, repugna semejante enlace.

DUNOIS.—¡Cómo! ¿No es, como yo, hija de la santa naturaleza é igual á mí? ¡Ella, indigna de un príncipe!... ¡La prometida de los ángeles, ceñida de aureola más brillante que todas las coronas de la tierra! ¡Ella, que vió postrado á sus plantas cuanto hay grande y elevado en el mundo! Ni todos los tronos de Europa, uno encima de otro y escalonados hasta tocar las estrellas, alcanzan á la altura donde se cierne con angélica majestad.

LA HIRE.—El Rey debe decidir.

DUNOIS.—No. Decida ella. Puesto que libertó al príncipe, libremente debe disponer de su corazón.

LA HIRE.—¡El Rey!

ESCENA II

Dichos.—CARLOS.—INÈS SOREL.—DUCHATTEL.—EL ARZOBISPO CHATILLON

CARLOS (á Chatillon).—¿Dices que viene, y con-

siente en prestarme homenaje y reconocirme por su rey?

CHATILLON.—Aquí mismo, señor, en su real ciudad de Chalons, quiere prosternarse á tus plantas el duque mi amo. Por especial orden suya, vengo á saludarte como á mi señor y rey. Por lo demás, él mismo se encamina hacia aquí, y pronto le verás en tu presencia.

INÉS.—¡Viene! ¡Oh hermoso día que nos devuelve la paz, el júbilo y la concordia!

CHATILLON.—El duque, mi amo, llega con doscientos caballeros, y está pronto á hincar la rodilla; pero espera que excusarás semejante humillación y le estrecharán tus brazos como amigo, cómo primo.

CARLOS.—Que venga; ardo en deseos de abrazarle.

CHATILLON.—Suplica también que no se hable una palabra de las antiguas disensiones, en esta primera entrevista.

CARLOS.—Húndase para siempre el pasado, en las simas del Leteo. Volvámonos á contemplar los hermosos días que promete el porvenir.

CHATILLON.—Cuantos combatieron por Borgoña se hallan comprendidos en la reconciliación.

CARLOS.—Con esto se duplican mis dominios.

CHATILLON.—Las condiciones de paz son concenientes á la reina Isabel, si las acoge.

CARLOS.—Ella se armó contra mí, no yo contra ella; terminan nuestras diferencias, desde el punto en que le place terminarlas.

CHATILLON.—Doce caballeros saldrán fiadores de tu palabra.

CARLOS.—Mi palabra es sagrada.

CHATILLON.—Y el arzobispo partirá la hostia entre ambos, en señal y como símbolo de leal reconciliación.

CARLOS.—Así estuviera tan seguro de ganar la vida

eterna, como de la sinceridad de mis deseos. ¿Qué otra garantía reclama el duque?

CHATILLON (*fijando los ojos en Duchatel*).—Veo aquí á alguien cuya presencia pudiera amargar esta primera entrevista. (*Duchatel se aleja sin decir palabra.*)

CARLOS.—Vé, Duchatel, y permanece alejado de nosotros, hasta tanto que el duque pueda soportar tu presencia. (*Le sigue con la mirada; luego corre hacia él, y le abraza.*) ¡Noble amigo! Mas querías hacer por mi reposo. (*Duchatel se va.*)

CHATILLON.—Las demas condiciones se hallan en esta escritura.

CARLOS (*al arzobispo*).—Os ruego que os encarguéis de su ejecución. A todo accedemos; un amigo no tiene precio para nosotros. Salid, Dunois, acompañado de cien nobles caballeros y traednos al duque. Quiero que los soldados salgan á recibir á sus hermanos con palmas y laureles y que se engalane la ciudad y se echen á vuelo las campanas, anunciando que Francia y Borgoña concluyeron un nuevo pacto de alianza.

(*Sale un escudero. Suenan clarines.*)

EL ESCUDERO.—El duque de Borgoña aguarda.

(*Se va.*)

DUNOIS (*á La Hire y Chatillon*).—Salgamos á su encuentro.

CARLOS.—¿Lloras, Inés? También yo siento enter necerse mi ánimo en tan solemne momento. ¡Cuántas víctimas debían perecer antes que se firmaran las paces! ¡No hay tormenta que al fin no calme, ni noche tenebrosa que no disipe el día! ¡Con el tiempo maduran á su vez los más tardíos frutos!

EL ARZOBISPO (*asomado al balcón*).—El duque apenas puede sustraerse á los agasajos de la multitud. Le arrancan de la silla, besan su manto, sus espuelas.

CARLOS.—¡Pueblo apasionado y ardiente así en su amor, como en su odio! ¡Cuán poco bastó para que

olvidara que este mismo duque les arrebatava poco há padres... hijos! ¡Basta un instante para devorar una vida entera! Contento, Inés; el mismo exceso de júbilo pudiera ofenderle, y deseo que nada sea para él causa de recelo, ni humillación.

ESCENA III

Dichos.—EL DUQUE DE BORGONA.—DUNOIS.—LA HIRE.—CHATILLON, y dos caballeros más, de la escolta del duque. Éste se detiene en el umbral.—Apenas el Rey intenta adelantarse hacia él, el duque se acerca, y en el instante en que va á arrodillarse, Carlos le abraza.

CARLOS.—Nos habéis sorprendido de improviso. Pensábamos salirnos al encuentro, mas por lo que veo disponéis de veloces caballos.

FELIPE.—Que me han traído á mi deber. (*Abraza y besa en la frente á Inés.*) Con vuestro permiso, querida prima. En Arras, este es mi derecho de señor, y toda hermosura debe ceder á la costumbre.

CARLOS.—Dicen que vuestra corte es emporio del amor y la belleza.

FELIPE.—Monseñor, nuestro pueblo es pueblo de mercaderes, y cuanto hay precioso bajo el cielo, afluye al mercado de Burges, para recreo y contento del ánimo; y entre todos, el supremo bien es la belleza de las mujeres.

INÉS.—Paréceme aún más preciosa su fidelidad; bien que esta es mercancía que no se trafica ni se vende.

CARLOS.—¡Vais á adquirir mala fama, caro primo! ¿Cómo es eso? ¡Desdeñar así la más bella virtud de la mujer!

FELIPE.—En el pecado va la penitencia. Dichoso vos, señor, á quien el corazón enseñó á tiempo lo que debí



Reconciliación de Carlos VII y el Duque de Borgoña

aprender más tarde á fuerza de tormentas. (*Repara en el arzobispo y le tiende la mano.*) ¡Venerable ministro de Dios... dadme vuestra bendición! A vos sí que se os encuentra siempre en el buen camino. Quien desea hallaros, no tiene más que seguir la senda del bien.

EL ARZOBISPO.—Ya puede llamarme á sí mi divino Maestro, ya puedo morir contento, pues vi tan hermoso día. Mi corazón se embriaga de felicidad.

FELIPE (*á Inés*).—¿Es cierto que os privasteis de vuestras joyas para convertirlas en armas contra mí? ¿Cómo tan belicosa, y ansiosa de cebaros en mi ruina? Felizmente cesó la lucha, y volvemos á hallar cuanto perdimos. Cuanto perdimos, ¿lo entendéis? Todo, incluso vuestro cofrecillo, señora. Disponíais de él contra mí, en tiempo de guerra; recobradlo de mi mano como signo de paz.

(Toma de manos de un criado la arquilla, y la devuelve á Inés, quien, confusa, dirige al Rey una mirada.)

CARLOS.—Acepta el presente, doble prenda para mí de noble afecto y reconciliación.

FELIPE (*colocando en el peinado de Inés una rosa de brillantes*).—Ojalá fuese la corona real de Francia. No con menos sincero cariño ceñiría con ella esta hermosa frente. (*Estrechando lealmente su mano.*) Podéis contar desde ahora con mi ayuda, siempre que necesitéis un amigo.

(Inés Sorel se retira á un lado, deshecha en lágrimas. El Rey intenta ocultar en vano su emoción. Todos contemplan enternecidos á ambos príncipes.)

FELIPE (*después de echar una mirada en torno suyo, se arroja en brazos del Rey*).—¡Oh... mi Rey! (*Inmediatamente los tres caballeros borgoñones corren hacia Dunois, La Hire y el arzobispo. Todos los presentes se abrazan. Ambos príncipes permanecen abrazados breve rato, sin decir palabra.*) ¡Y pude aborreceros! ¡Pude renegar de vos!

CARLOS.—¡Silencio! ¡No hablemos de esto!

FELIPE.—¡Y pude coronar al inglés! ¡rendir pleito-homenaje al extranjero! ¡conspirar a vuestra ruina!

CARLOS.—Dejemos eso; todo está perdonado. Es-
te instante todo lo borra. Fué influjo del destino....
de una estrella contraria.

FELIPE (*cogiéndole la mano*).—Expiaré tales yerros,
creedme, quiero expiarlos. Serán reparados cuantos
males sufristeis. Recobraréis el reino entero, sin fal-
tar un solo villorrio!

CARLOS.—Como estemos unidos, no temo ya a
nadie.

FELIPE.—Os juro que combata pesaroso contra vos.
Harto lo sabiais; ¿por qué no la enviasteis a mi en-
cuentro? (*Indicando á Mrs Sorel*.) No hubiera resistido
á sus lágrimas. Ahora inútil sería que el infierno in-
tentara desunirnos, porque sentí palpar vuestro co-
razón junto al mío, y hallé el puesto que me corres-
ponde. Este corazón era el límite marcado á mis ex-
travíos.

El Arzobispo (*interponiéndose entre ellos*).—Estais
unidos, príncipes. Francia, como el fénix, renace de
sus propias cenizas. Nos sonríe brillante porvenir. Se
cicatizarán las heridas del país, salen de sus escom-
bros las ciudades y pueblos destruidos, brotan en
los campos nuevas mieses, sí; mas los que cayeron
víctimas de vuestras querellas, los muertos, no resu-
citarán; las lágrimas vertidas con vuestros conflictos
veridas fueron, y con razón. Sin duda que prospera-
rá la generación que viene, mas no por eso la pasada
habrá dejado de ser la víctima de las calamidades.
La dicha de los hijos no resucita ciertamente á los
padres. ¡He aquí los frutos de vuestras fratricidas
discordias! ¡Aprovechad tales enseñanzas! ¡Temed
á la tremenda divinidad de la guerra antes de desen-
vainar una sola espada! Si el fuerte puede á voluntad

desencadenarla, el Dios de los combates no obedece á
la voz del hombre; no es como el halcón que una vez
en el aire torna á posarse en la mano del cazador. ¡Ni
acude siempre Dios con oportuno socorro, como nos
fué dado verlo hoy!

FELIPE.—¡Señor!... Un ángel camina á vuestro lado.
¿Dónde está, que no le vemos aquí?

CARLOS.—¿Dónde está Juana? ¿Por qué falta á este
solemne y bello acto, que debemos precisamente á
ella?

El Arzobispo.—Señor, no gusta la santa niña del
ocio de la corte, y cuando Dios no la llama á la luz, se
goza en ocultarse púdicamente á los ojos del mundo.
Sin duda estará conversando con Dios, si no se ocupa
en la salvación de Francia; que á donde quiera la si-
gue la bendición del cielo.

ESCENA IV

Dichos.—JUANA, revestida de su armadura, pero sin el casco,
y en su lugar una guirnalda de flores

CARLOS.—Acércate, Juana, virgen engalanada con
los ornamentos de sacerdotisa, acércate á consagrar
tu obra de alianza.

FELIPE.—Mirad cómo la paz la adorna con sus en-
cantos, á ella que há un momento aparecía terrible en
el combate. Ya ves, Juana, que no falté á mi palabra.
Dime si estás contenta de mí y me mostré digno de tu
auxilio.

JUANA.—A ti mismo te honraste con semejante acto.
Brillas ahora con radiante y bendito esplendor en los
mismos lugares que ayer alumbró con siniestros ful-
gores tu estrella de desastres (*Mirando en torno.*)
Veo aquí muchos é ilustres caballeros... á todos em-
briaga el júbilo... Y entre tanto hay todavía uno que

no participa del contento general, y se ve forzado á ocultar su tristeza.

FELIPE.—¿Y quién es ese infeliz tan abrumado por el peso de su conciencia, que deba desesperar de nuestra piedad?

JUANA.—¿Permitirás que se presente? Di que puede. Consuma tu obra meritoria. ¡No se reconcilia del todo quien no se liberta de todo rencor! Una gota de odio en el fondo del vaso del placer, basta á envenenar el divino brebaje. Así en un día como ese, Borgoña no puede eximir de su amnistía crimen alguno por atroz que sea.

FELIPE.—¡Ah! ¡te comprendo!

JUANA.—Consientes en perdonar, ¿verdad?... ¿Consientes, duque?... (*Abre la puerta é introduce á Duchatel que se queda en el fondo.*) El duque ha hecho las paces con todos sus adversarios, incluso contigo. (*Duchatel da algunos pasos con timidez, y mirando al duque, para interpretar su pensamiento.*)

FELIPE.—¿Pero qué haces de mí, Juana? ¿Sabes lo que exiges?

JUANA.—Sólo sé que un dueño generoso abre la puerta á todo huésped y no excluye á nadie. Así como el firmamento abarca el mundo entero, el perdón alcanza á todos, amigos y enemigos. Porque cuanto es bueno y viene de lo alto es común á todos y sin reserva, así los rayos del sol que inundan el infinito, como el rocío del cielo que apaga la sed de toda criatura. Sólo en las dobleces moran las tinieblas.

FELIPE.—Hace de mí lo que quiere. Mi corazón en sus manos es como blanda cera... Abrazadme, Duchatel; yo os perdono. No te ofenda ¡oh padre mío! verme estrechar la mano que te hirió. ¡Y tú, Dios de la muerte, no me imputes á delito el olvido de mis juramentos de venganza! En la tumba, en la eterna noche que os envuelve, el corazón cesó de latir, y sólo la in-

movilidad reina en torno, pero aquí á la luz del día, aquí, arrebatado por vivas sensaciones, el hombre es juguete de la omnipotente impresión de un instante...

CARLOS (*á Juana*).—Todo te lo debo á ti, augusta doncella. No podías cumplir mejor tu palabra. En un abrir y cerrar de ojos veo trocada mi suerte; me reconcilias con mis amigos, aniquilas á mis adversarios, libertas mis ciudades de extranjero yugo... tú sola lo hiciste todo... habla... ¿cómo te recompensaré?

JUANA.—Sé humano en la prosperidad, como lo fuiste en la desgracia, señor, y no olvides en la cima de tu gloria, cuánto vale un amigo en los días de desgracia. ¡Harto lo probaste por ti mismo! No niegues justicia ni clemencia al último de tus vasallos; piensa que fué una pobre pastora la que Dios suscitó para salvarte. Así reunirás á Francia entera bajo tu cetro, y serás jefe y fundador de una raza de príncipes ilustres; pues tus descendientes alcanzarán más gloria que tus predecesores, y florecerá tu linaje mientras sepa conservar el amor de su pueblo. Sólo el orgullo puede conducirle á la ruina. Allá en un rincón de las humildes chozas de donde salió ahora tu salvación, se forja la tormenta que ha de herir á tus culpables descendientes.

FELIPE.—¡Oh! inspirada virgen, cuya inteligencia nos alumbra, háblame también de mi raza ya que tus ojos sondean las tinieblas del horizonte. Dime, ¿continuará desenvolviéndose con magnificencia como empezó?

JUANA.—Elegiste por sitial un trono, y á más aspira tu altivez, ansiosa de elevar hasta las nubes su atrevido edificio. Pero la mano de Dios marcará de súbito un límite á tu engrandecimiento. No temas por eso que se hunda tu dinastía, no; renacerá por el contrario con mayor esplendor bajo el reinado de una doncella. Ella dará al mundo monarcas, grandes reyes que

se sentarán en dos poderosos tronos y dominarán el mundo conocido, y otro que Dios oculta á nuestras miradas, allende ignorados mares.

CARLOS.—¡ Oh ! dinos, si lo sabes también, dinos si la alianza que hoy renovamos, se perpetuará en nuestros descendientes.

JUANA (*después de un momento de silencio*).— ¡ Reyes y grandes de la tierra! temed la discordia, no la arranquéis nunca de su sueño en el antro pavoroso donde habita; porque una vez en pie, siglos enteros transcurren antes que sea domeñada. Bien pronto procrea nuevas razas, razas de fuego que viven de sí mismas, como el incendio se alimenta del incendio. No queráis saber más. Gozad del presente y permitidme que corra un velo sobre el porvenir.

INÉS.—Santa doncella, harto sabes, pues lees en mi alma, que no sueño con vanas grandezas. ¿ No pronunciarás para mí un oráculo propicio?

JUANA.—El espíritu que me inspira, sólo me descubre los destinos del mundo. Tu suerte privada se halla en tus manos.

DUNOIS.—¿ Y cuál será la tuya? Sin duda que á ti, santa y piadosa niña, te fué reservada la mayor felicidad que pueda gozarse en ese mundo.

JUANA.— ¡ La felicidad está en el cielo, en el seno de Dios!

CARLOS.—Entretanto quiero cuidar de tu dicha y hacer que tu nombre sea glorioso y venerado en Francia, por los siglos de los siglos. Desde este instante proveeré á ello. Arrodate. (*Desenvaina su espada y le da espaldarazo.*) Levántate; ya eres noble. Tu mismo Rey te saca del polvo en que naciste, y ennoblece en su sepulcro á tus ascendientes. Tendrás por divisa una flor de lis, y serás igual á los mejores. Sólo la sangre de los Valois es más noble que la tuya, pero cualquiera de mis grandes debe considerarse honrado con

tu mano. Ahora deja á tu Rey el cuidado de elegir para ti un noble esposo.

DUNOIS (*adelantándose*).—La elegí por mía á pesar de la oscuridad de su nacimiento, y no han de aumentar ni su mérito ni mi amor, los honores que ciñen su frente de nueva aureola. En presencia de mi Rey y de su santo arzobispo, le ofrezco mi mano si la estima digna de aceptarla.

CARLOS.— ¡ Por Dios, que estás haciendo milagro sobre milagro, irresistible niña! Lo que es ahora empiezo á creer que nada te es imposible, pues lograste dominar á este soberbio que osaba desafiar el supremo poderío del amor.

LA HIRE (*adelantándose*).—Si no me engaña la apariencia, la modestia es la más bella cualidad de Juana, y aunque digna del homenaje del más ilustre príncipe, no aspira ciertamente á tanto. No codicia vana grandeza; le basta la tierna y fiel adhesión de un alma honrada y la pacífica suerte que le ofrezco con mi mano.

CARLOS.—¿ Tú también, La Hire? Ya son dos los pretendientes, ambos ilustres, ambos famosos é iguales en caballerescas virtudes. Parece que quieres sembrar la rivalidad entre mis más queridos amigos, después de haberme reconciliado con los adversarios y pacificado mi reino. Sólo uno debe poseerla, y yo estimo á ambos igualmente dignos de tal premio. Decide pues, tú, Juana: habla.

INÉS (*acercándose*).—Páreceme que la niña se conmueve y se ruboriza. Désele tiempo para interrogar su corazón y confiar á una amiga el secreto. Por mi parte creo llegado el momento de acercarme como hermana á la púdica doncella, y de ofrecerle mi fiel y discreta ayuda. Dejados, pues, meditar como mujeres, este asunto sólo propio de mujeres, y aguardad el resultado de nuestra deliberación.

CARLOS (*yéndose*).—Sea.

JUANA.—Aguardad, señor. No colorearon mis mejillas, ni la emoción, ni el tímido pudor, ni tengo nada que confiar á esta noble dama, que no pueda declarar sin vergüenza á los hombres. Verdad que me honra en extremo la pretensión de tan nobles caballeros, pero yo no abandoné mis ganados con el fin enteramente mundano de alcanzar vana grandeza, ni vestí la coraza para ornar mi frente con la corona de desposada. No: es muy distinta mi misión, y sólo puede cumplirla una virgen sin mancha. Soy enviada de Dios, y no puedo ser la esposa de hombre alguno.

EL ARZOBISPO.—La mujer nació para dulce compañera del hombre. El mejor modo de servir al cielo consiste en obedecer á la naturaleza. Pues ya cumpliste las órdenes de Dios que te llamó á la batalla, debes arrojar tus arreos y volver á tu sexo, que has debido renegar, y que no nació para el ejercicio cruento de las armas.

JUANA.—No sé todavía, venerable señor, cuáles serán las órdenes del Espíritu, pero cuando llegue el momento no cesará ciertamente de manifestarse y entonces obedeceré á su voz. Por ahora, me exhorta á continuar mi empresa, pues mi soberano todavía no fué coronado ni ungido, ni recibió el título de rey.

CARLOS.—Pero nos hallamos en camino de Reims.

JUANA.—No nos detengamos porque el enemigo está alerta para cerrarnos el paso. Pero yo me encargo de conducirte allí más que sea á través de todos sus batallones juntos.

DUNOIS.—Mas cuando se haya realizado todo, y nos hallemos triunfantes en Reims, dime, santa doncella, ¿me permitirás que...

JUANA.—Si Dios quiere que salga victoriosa de tan encarnizada lucha, entonces mi misión habrá terminado y la pastora nada tendrá que hacer en el palacio del Rey.

CARLOS (*cogiéndole la mano*).—Ahora te anima la voz del Espíritu, y calla en tu pecho el amor porque lo llena Dios, pero esto no será siempre, créeme. Cesará la agitación de la guerra. Con la victoria renacerán la paz y la alegría, y más dulces afectos en todos los corazones. También en el tuyo dejarán sentirse. Has de verter tales lágrimas de ternura como nunca habrás vertido. Este corazón que ahora hinche la gracia del cielo, buscará en la tierra un amigo. Después de haber hecho felices á tantos salvándoles la vida, acabarás por querer la felicidad de uno solo.

JUANA.—¿Tan cansado estás de la manifestación divina, delfín, que ya quieres romper el vaso que la contiene, y rebajar hasta el polvo á la virgen pura enviada de Dios? ¿Hombres de poca fe! El cielo os inunda de sus esplendores, os revela mil prodigios, ¿y aún persistis en no ver en mí más que una mujer? ¿Soporta una mujer una armadura de hierro, ni se entremete en una guerra? ¡Ay de mí, si pudiera sentirme atraída por un hombre, teniendo en mis manos la espada del Dios de las venganzas! Más me valiera no haber nacido. Basta ya, si no queréis desencadenar la cólera del Espíritu que me anima. ¡Una sola mirada del hombre que me ama, es objeto para mí de horror y profanación!

CARLOS.—Basta pues. Es inútil que tratemos de moverla.

JUANA.—Manda que toquen los clarines, que ya me va siendo la tregua, angustia y suplicio. Mi vehemencia me sustrae á la ociosidad y me impele al cumplimiento de mi empresa. Habla imperioso el destino y obedezco.

ESCENA V

Dichos.—Llega un CABALLERO corriendo

CARLOS.—¿Qué hay?

CABALLERO.—El enemigo ha pasado el Marne y dispone el ejército al ataque.

JUANA (*con inspiración*).—¡Guerra! Mi alma rompe sus cadenas. ¡A las armas! Acudo en tanto á formar los batallones. (*Se va corriendo.*)

CARLOS.—Seguidla, La Hire. Quieren forzarnos por última vez á disputarles la corona de Francia á las puertas de Reims.

DUNOIS.—No les impele realmente el valor. Este es el supremo esfuerzo de desesperación de su impotente rabia.

CARLOS.—No será necesario, duque, que os excite al combate. Llegó la hora de reparar pasados yerros.

FELIPE.—Esto corre de mi cuenta.

CARLOS.—Os precederé por el camino de la gloria. Quiero reconquistar mi diadema frente á la misma ciudad de la coronación. ¡Inés mía! ¡Tu caballero te dice adiós!

INÉS (*abrazándole*).—No lloro, ni tiemblo por ti. Mi fe remonta al cielo serena y tranquila. No nos otorgó sin duda tales favores para rendirnos al postre en la aflicción. El corazón me dice que abrazaré á mi dueño y señor, victorioso en los muros de Reims, tomados por asalto.

(Gran tocata de clarines, que degenera en bélico tumulto. Música de la orquesta acompañada por los instrumentos militares, en el interior del escenario.)

ESCENA VI

Una vasta campiña; algunos árboles en primer término. Mientras sigue la música de la orquesta, se ven pasar por el fondo algunos soldados huyendo.

TALBOT apoyándose en FALSTOLF y acompañado de algunos soldados.—Luego LIONEL

TALBOT.—Tendedme aquí debajo de estos árboles y volved en seguida á la pelea. Para morir no necesito ayuda.

FALSTOLF.—¡Oh! ¡día de luto y de desgracia! (*Sale Lionel.*) ¿En qué momento llegáis, Lionel? Ahí yace el general mortalmente herido.

LIONEL.—No lo querrá Dios. Alzad, general. No cedáis á la muerte. Hacedos superior á la naturaleza y obligadla á vivir por un esfuerzo de la voluntad.

TALBOT.—¡Inútiles esfuerzos! Llegó la hora marcada por la suerte, en que debe hundirse el trono que levantamos en tierra francesa. En vano intenté parar los golpes en esta desesperada lucha. Fuí herido del rayo en el campo de batalla, y ahí me tenéis tendido en el suelo para no levantarme jamás... Reims está ya perdido... ¿Venís para salvar París?

LIONEL.—París ha capitulado. Un correo acaba de traerme la noticia.

TALBOT (*arrancándose el vendaje de la herida*).—Entonces, ¡corra á torrentes mi sangre!... ¡Estoy ya harto de este sol!

LIONEL.—No puedo seguir aquí. Falstolf, transportad al general á paraje seguro... no podremos defender mucho tiempo estos sitios... huyen los nuestros á la desbandada arrojados por la doncella.

TALBOT.—Triunfaste ¡oh demencia! ¡y yo... yo

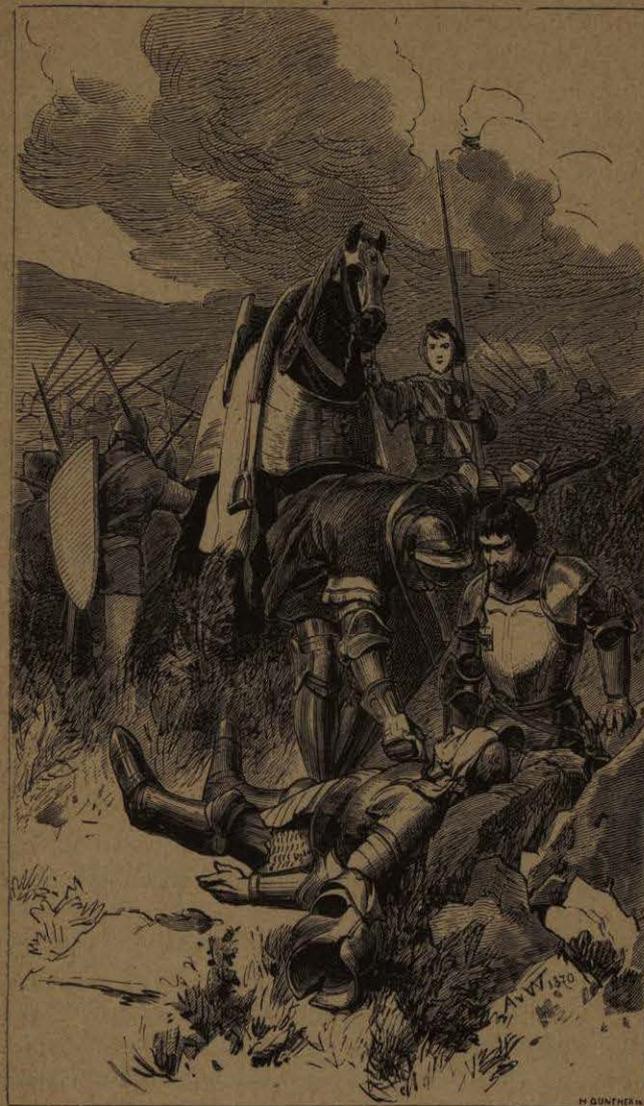
muero! Los mismos dioses lucharían en vano con la locura. ¿Qué vales tú, augusta razón, hija radiante del cerebro divino, sabia fundadora del universo, reguladora de los astros, qué vales tú, si atada á la cola de la superstición, arrastrada á despecho de tus alaridos, debes rodar con ella al abismo? ¡Maldito sea quien consagra su vida á empresas dignas y grandes! ¡Maldito quien obedece á plan alguno, maduramente concebido!... ¡El mundo pertenece al rey de los locos!

LIONEL.—Milord, os quedan pocos instantes de vida; pensad en vuestro Creador.

TALBOT.—Aun si hubiésemos sido vencidos, valientes como somos, por otros valientes, nos consolaría la suerte común á todos, y propia de las vicisitudes humanas... ¡pero sucumbir por semejante farsa!... ¡Ah!... ¡no, nuestra laboriosa y grave carrera merecía más grave fin!

LIONEL (*tendiéndole la mano*).—Adiós, milord... Pensad cuánto os lloraré, si es que escapo yo con vida... Ahora me llama el destino al campo de batalla, donde preside aún como árbitro supremo, cuya sentencia se halla en suspenso. ¡Hasta el cielo, milord! Breve parece el tiempo á una larga amistad. (*Se va.*)

TALBOT.—Bien pronto habrá concluido todo; bien pronto devolveré á la madre tierra y al eterno sol, estos átomos que se aglomeraron en mí para el dolor y el placer! Y del poderoso Talbot, que llenó el universo con su renombre, sólo quedará un puñado de polvo. Así llega el hombre al término de su vida. ¡He aquí qué sacamos de nuestra lucha con la existencia!... una mirada hundida en el vacío, y el hondo, profundísimo desdén por cuanto nos pareció grande y digno de envidia.



Muerte de Talbot

ESCENA VII

CARLOS.—EI DUQUE DE BORGÑA.—DUNOIS.—DUCATEL.
Soldados

FELIPE.—Hemos ganado las trincheras.

DUNOIS.—La jornada es nuestra.

CARLOS (*viendo á Talbot*).—Ved; ¿quién es aquel que está allí espirando dolorosamente? Por su armadura veo que es un caballero; daos prisa á socorrerle, si es tiempo todavía.

(*Los soldados se acercan á Talbot.*)

FALSTOLF.—Atrás... no deis un paso... Respetad los despojos de un hombre á quien mientras vivió no deseásteis acercaros mucho, ciertamente.

FELIPE.—¿Qué veo? ¡Talbot!... ¡anegado en su propia sangre!

(*Corre á él; Talbot clava en él su postrer mirada, y muere.*)

FALSTOLF.—Atrás, Borgoñón. ¡Excusa á la última mirada del héroe el aspecto de un traidor!

DUNOIS.—¡Oh! invencible y poderoso Talbot... ¿Tan pequeño espacio te basta, á ti, á quien la Francia pareció estrecha para tu inmensa ambición? Señor, desde este punto puedo ya aclamaros rey... Mientras un alma habitó en este cuerpo, vaciló en vuestra cabeza la corona.

CARLOS (*después de haber contemplado en silencio el cadáver de Talbot*).—Vencióle álguien más poderoso que nosotros, y vedle ya tendido sobre este suelo de Francia, como el héroe sobre el escudo, que no abandona nunca. Lleváoslo. (*Los soldados levantan y se llevan el cadáver.*) Descanse en paz. Quiero levantar un monumento en su honor, y aquí mismo, en el corazón de Francia, donde terminó heróicamente su vida, descansarán sus restos. Jamás penetró tan lejos espada

alguna enemiga. El lugar de su tumba le servirá de epitafio.

FALSTOLF (*presentando su espada*).—Soy tu prisionero, señor.

CARLOS (*devolviéndosela*).—Aguardad. La guerra, aunque implacable, respeta los deberes que impone la piedad. Debéis ser libre para enterrar á vuestro jefe... Ahora, Duchatel, id á tranquilizar á Inès que tiembla por mi suerte. Decidla que vivo, que hemos vencido y traedla triunfante á Reims. (*Duchatel se va.*)

ESCENA VIII

Dichos.—LA HIRE

DUNOIS.—La Hire, ¿dónde está la doncella?

LA HIRE.—¡Cómo!... ¿Vos me lo preguntáis? ¡Si la dejé peleando á vuestro lado!...

FELIPE.—En lo más espeso de la refriega ví flotar hace poco su blanca bandera.

DUNOIS.—¡Ay de nosotros! ¿Dónde está? Temo alguna desgracia. Venid... ¡apresurémonos á libertarla! Tiemblo pensando que su audacia la ha llevado demasiado lejos!... Está rodeada de enemigos... hace frente á todos y va á sucumbir, sin ayuda, á la fuerza del número.

CARLOS.—Corred á salvarla.

LA HIRE.—Vamos, os sigo.

FELIPE.—Corramos todos. (*Se van corriendo.*)

ESCENA IX

Sitio desierto en el campo de batalla. Á lo lejos se ven las torres de Reims, alumbradas por el sol.

Un CABALLERO, cubierto de una armadura negra, y con la visera baja.—JUANA sale persiguiéndole, y él se detiene y la aguarda.

JUANA.—¡Ah bellaco! Ahora conozco tu astucia. Fin-

giste que huías para alejarme del campo de batalla, desviando el golpe mortal que amenazaba á los ingleses, mas tiembla por ti ahora, porque descargará sobre ti.

EL CABALLERO.—¿Por qué me persigues y vienes pisándome los talones con tal implacable rabia?... No es mi destino sucumbir á tus golpes.

JUANA.—Te odio con toda el alma, te odio como á la noche, cuyo color llevas, y siento irresistible deseo de matarte. ¿Quién eres tú?... Alza la visera. Si no hubiese visto caer á Talbot en el combate, diría que eras él.

EL CABALLERO.—¿Ha cesado ya de inspirarte el espíritu de profecía?

JUANA.—No; habla por el contrario en el fondo de mi conciencia, y me dice que traes contigo la desdicha.

EL CABALLERO.—Hete llegada, Juana de Arco, á las mismas puertas de Reims, en alas de la victoria... Conténtate con ella... Liberta á la Fortuna que como esclava te ha servido, sin aguardar á que ella te abandone. Ya sabes que aborrece la fidelidad, y que no sirvió jamás hasta el fin á dueño alguno.

JUANA.—¿Qué me propones? ¡Detenerme en mitad de mi carrera!... ¡Abandonar mi empresa! No; yo la realizaré y cumpliré mis votos.

EL CABALLERO.—Nada te resistió hasta ahora, poderosa heroína, y por donde quiera venciste, pero cesa desde este momento de afrontar los riesgos del combate... Sigue mi consejo...

JUANA.—No soltaré la espada hasta haber exterminado á la soberbia Inglaterra.

EL CABALLERO.—Mira;... allí está Reims con sus torres, Reims, objeto y término de tu expedición. ¿Ves cómo brilla la cúpula de la sublime catedral? En ella entrarás triunfante y coronarás á tu Rey, y dejarás

cumplida tu misión. Pero después de esto, no des un paso... atiende el aviso... vuélvete atrás...

JUANA.—¿Pero quién eres tú, alma falaz, que así intentas amedrentarme y perturbar mis sentidos? ¿De qué nace tal audacia, para importunarme con mentidos oráculos?

(*El caballero intenta retirarse, y Juana le cierra el paso.*)

JUANA.—No;... debes responderme, ó morir a mis manos. (*Intenta herirle.*)

EL CABALLERO (*la toca y Juana se detiene inmóvil.*)—Hierre lo que es mortal...

(*Anochece de súbito; relámpagos y truenos. El caballero desaparece.*)

JUANA (*queda de pronto absorta y vuelve luego en sí.*)—No fué realidad, fué fantasma devorador del infierno, espectro escapado de los abismos para desconcertar mi valor... Pero ¿á quién puedo temer si empuñan mis manos la espada de mi Dios?... No... quiero llevar á término victoriosamente mi carrera, y más que el infierno se oponga... ¡fuera vacilaciones! ¡fuera flaqueza!
(*Hace que se va y vuelve.*)

ESCENA X

JUANA. — LIONEL

LIONEL.—¡Defiéndete, maldita! Uno de los dos no ha de salir vivo de aquí... Has dado muerte á los mejores entre los míos, al noble, al magnánimo Talbot que espiró en mis brazos... Por Dios que he de vengarle, ó compartir su suerte. Y para que sepas quién te concede, muerto ó vencedor, semejante gloria, te diré quién soy; soy Lionel, el último capitán de nuestro ejército que ha sobrevivido, y que no fué vencido todavía por nadie. (*La acomete. Después de breve combate, Juana le desarma.*) ¡Suerte fatal! (*Siguen luchando un momento.*)

JUANA (*cogiéndole por las plumas del casco, se lo arranca con violencia, y Lionel queda con el rostro descubierto. Juana blande la espada, pronta á herirle.*)—Recibe, pues, lo que buscabas. La Virgen te inmola por mi mano.

(*En el punto en que va á herirle, Juana ve su rostro y la mirada de Lionel la pasma. Queda inmóvil de súbito y deja caer lentamente la espada de sus manos.*)

LIONEL.—¿Por qué vacilas?... ¿Quién te impide descargar el golpe mortal? Toma mi vida, ya que me arrebataste el honor... Me hallo en tus manos... no haya perdón... (*Juana le hace una seña suplicándole que huya.*) ¿Huir... yo?... ¿Deberte la vida?... ¡Antes morir!

JUANA (*volviendo el rostro.*)—Si es verdad que tu vida se halló en mis manos, déjame que lo ignore... no quiero saberlo...

LIONEL.—Te odio á ti, y odio la merced que pretendes hacerme... no haya perdón... repito... Hierre á tu enemigo... á tu enemigo que te desprecia... y quisiera matarte á su vez.

JUANA.—¡Mátame y huye!

LIONEL.—¿Pero qué es esto?

JUANA (*ocultando el rostro entre sus manos.*)—¡Ay desdichada de mí!

LIONEL (*acercándose á ella.*)—Si dicen que matas á cuantos ingleses caen en tus manos... ¿por qué á mí quieres perdonarme?

JUANA (*vuelve á tomar la espada con rápido ademán, y se apresta de nuevo á herirle, pero de nuevo al ver el rostro de Lionel, se desprende el arma de sus manos.*)—¡Virgen del cielo!

LIONEL.—¡A qué invocar la Virgen! La Virgen nada sabe de ti y el cielo no interviene para nada en tus actos.

JUANA (*victima de viva angustia*).—¿Qué es lo que hice, Dios mío? He faltado á mis votos.

(*Retuerce las manos desesperada.*)

LIONEL (*contemplándola con emoción y acercándose á ella...*).—¡Oh!... desdichada niña... ¡cómo te compadezco...! Sí; me conmueves... á mí, el único con quien te has mostrado magnánima... Siento desvanecerse mi odio,... debo interesarme por ti... ¿quién eres?... ¿De dónde vienes?

JUANA.—Vête, te repito,... huye.

LIONEL.—Te compadezco porque eres joven, porque eres bella... Tu mirada me parte el alma... Quiero salvarte... Dime... ¿qué debo hacer? Vén, vén, renuncia á este horrible pacto... Arroja las armas...

JUANA.—Ya no soy digna de llevarlas.

LIONEL.—Arrójalas... pronto... sígueme.

JUANA (*con horror*).—¿Seguirte?

LIONEL.—Puedes salvarte, sígueme. Quiero salvarte... no perdamos un momento. No puedo decir qué extraña pena me causas, y siento un deseo profundo de salvarte.

(*La coge por un brazo.*)

JUANA.—¡Dunois!... Son ellos... me buscan... Si por desdicha te hallan aquí...

LIONEL.—Nada temas... yo te protegeré.

JUANA.—¡Ay! si caes en sus manos, soy muerta!

LIONEL.—¡Cómo!... ¿Me quieres?

JUANA.—¡Santo Dios!

LIONEL.—¿Volveré á verte?... ¿Sabré cuál es tu suerte?

JUANA.—¡Nunca, jamás!

LIONEL.—Sí; volveré á verte... esta espada me servirá de prenda.

(*Le toma la espada.*)

JUANA.—¡Insensato! ¿te atreves?...

LIONEL.—¡Me fuerzan á huir, pero volveré á verte!

(*Se va.*)

ESCENA XI

DUNOIS.—LA HIRE.—JUANA

LA HIRE.—¡Vive!... allí está...

DUNOIS.—Juana, nada temas; tus amigos acuden á tu lado.

LA HIRE.—No huyáis, Lionel.

DUNOIS.—Déjalo. ¡Juana! triunfó la buena causa. Reims nos abre sus puertas, y el pueblo entero se precipita al encuentro de su Rey.

LA HIRE.—¿Qué tiene la doncella? Palidece... Vacila.

(*Juana desfallece próxima á perder el sentido.*)

DUNOIS.—Está herida... Arráncale la armadura... herida en el brazo ligeramente, gracias al cielo.

LA HIRE.—¡Se desangra!

JUANA.—¡Dejad que pierda mi sangre con la vida!

(*Cae desmayada en brazos de La Hire.*)

